LOS CRONISTAS DE «LA VANGUARDIA» EN EL EXTRANJERO

EN BERLIN

LA LINEA ODER-NEISSE

(Crónica por correo aéreo de nuestro enviado especial)

TRES GRANDES PROVINCIAS

Cualquier alemán sabe que al este de los ríos Oder y Neisse se encuentran tres grandes y ricas provincias, que son: Silesia, Pomerania y Prusia oriental. El alemán también sabe que desde el siglo XIII han habitado alemanes estas regiones, y que en docenas de grandes ciudades y en el campo vivían unos diez millones de alemanes. Setecientos años de historia pretendieron los rusos borrar de un plumazo con la decisión de establecer la línea Oder-Neisse como límite que separaría la nueva Polonia de la nueva Alemania. Pero hay acuerdos que difícilmente se pueden llevar a la práctica, aunque se recurra para ello a los métodos más inhumanos.

EL ACUERDO DE POTSDAM

Es verdad que en Potsdam, con el beneplácito de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, se trazó la línea Oder-Neisse que pedía Stalin. Pero Truman y Attlee declararon de manera bien solemne que esta línea era tan solo provisional. Que se concedía a Polonia el derecho de administrar estos territorios hasta que se adoptara una decisión final sobre la nueva frontera germanopolaca en la Conferencia que fijaría las condiciones para el tratado de paz. En Potsdam nada se decidió oficialmente sobre la expulsión de los diez millones de alemanes que habitaban los territorios mencionados, expulsión que se ha efectuado después de 1945.

EL TRATADO DE VARSOVIA

Y ahora el mundo ha quedado sorprendido cuando las agencias telegráficas de Varsovia, Berlín y Moscú han comunicado que se había firmado un acuerdo en virtud del cual la República Democrática Popular alemana reconoce solemnemente la línea Oder-Neisse como la frontera fija que divide Alemania de Polonia. Según el citado acuerdo de Potsdam, la futura frontera germanopolaca tenía que ser una decisión conjunta de los negociadores del tratado de paz que restablezca al pueblo alemán en sus funciones internacionales. Ahora, con muy pocos precedentes en el Derecho internacional, nos encontramos que una parte del país vencido, que en este caso es la República comunista alemana, llega a un acuerdo de fronteras con un Estado vencedor, que sobre el papel es Polonia, con el cual todavía no se ha firmado la paz. Cuando se poseen los antecedentes de este notorio caso, se comprende perfectamente que Wáshington y Londres se hayan apresurado a declarar que jamás reconocerán el tratado de Varsovia.

EL VIAJERO DE VARSOVIA

Ningún alemán se hubiera atrevido a renunciar de una manera tan alegre a las tres grandes provincias alemanas que se encuentran al este de los ríos Oder y Neisse. Se comprende perfectamente que un papel tan poco honroso haya caído sobre las espaldas de Walter Ulbricht, el hombre que goza de toda la confianza del Kremlin, aunque en Berlín sólo ocupe el puesto de vicepresidente del Gobierno. Walter Ulbricht cuando estuvo en España luchando en las Brigadas Internacionales, o mejor dicho, intervino en la organización de ellas, disponía de pasaporte soviético. En 1933, cuando Hitler subió al Poder, buscó Ulbricht un refugio en la U.R.S.S. Fué funcionario soviético y en Rusia permaneció, con el intervalo de su aventura española, hasta 1948 para trasladarse a Berlín, vistiendo uniforme de coronel del Ejército rojo, donde comenzó sus trabajos para sovietizar toda la zona alemana que tenía que ser ocupada por los rusos. En Varsovia nuestro Ulbricht ha visto a dos camaradas de sus tiempos moscovitas: Beirut, hoy presidente de Poloria, y Rokosovski, el célebre mariscal del Ejército rojo que hoy ocupa las funciones de ministro del Ejército de Polonia. Se comprende que para Stalin resulta la cosa más fácil del mundo rectificar fronteras históricas en Europa cuando en las capitales de los países interesados se encuentran servidores tan fieles como Ulbricht y Beirut.

LA PAZ DE BREST-LITOVSKI

Para los comunistas alemanes hoy no tiene gran importancia el hecho de estar las fronteras del Este junto a los ríos Oder y Neisse o más allá. Para un marxista la patria no juega un papel decisivo. Esta era la teoría de Lenin y de Trotski cuando el 3 de marzo de 1918 firmaron la paz por separado con la Alemania del Kaiser, paz que lleva el nombre de Brest-Litovski. Pero dentro del mismo marxismo hay varias teorías, y Stalin en agosto de 1939 estaba muy satisfecho de poder rectificar la decisión de Lenin de 1918. Se recordará que en agosto de 1939 decidieron Stalin e Hitler repartirse Polonia, cosa que tuvo lugar unas semanas más tarde, cuando en la misma ciudad de Brest-Litovski establecieron contacto las tropas alemanas de Hitler y las rusas de Stalin. Walter Ulbricht y sus compañeros no tienen disculpa alguna cuando todo el pueblo alemán les califica hoy de «traidores», porque el propio Stalin ha demostrado que es difícil jugar con las fronteras históricas aunque se sea marxista.

LA GRAN NEGATIVA

Toda Alemania se levanta para decir que jamás se aceptará el acuerdo de Varsovia sobre la línea Oder-Neisse. Los alemanes no renunciarán fácilmente a sus tres grandes provincias orientales. Hay que tener en cuenta el precedente del Sarre. Está en la memoria de todos cómo el canciller Adenauer protestó solemnemente cuando Francia estableció su régimen especial en el Sarre, y que la cuestión ha quedado pendiente hasta que se proceda a la negociación y firma del tratado de paz. El caso de Silesia, Pomerania y Prusia oriental es bastante distinto, y no hay duda alguna que muchas cosas tendrán que ocurrir para que la línea Oder-Neisse quede fija como frontera que divida Polonia y Alemania. Esta separación sólo tendrá valor mientras la actual Polonia y la República Popular Alemana sean países satélites del Kremlin. Pero bien se sabe — y la historia heroica de Polonia está repleta de ejemplos — que nadie termina por imponerse a la voluntad de los pueblos que no renuncian a su libertad nacional. — **Ramón GARRIGA.**

EN LONDRES

La era del disparate

Londres, 13, 10 noche. (Crónica radiotelegráfica de nuestro corresponsal.) — Recordarán ustedes que hace días les expliqué la curiosa historia de los obreros que deseaban trabajar horas extraordinarias para construir más casas con objeto de contribuir a mitigar la crisis actual de viviendas. Hoy puedo ampliar con nuevos datos aquella crónica con aires de «Alicia en el país de las maravillas». Y por si acaso creen ustedes que exagero, me permito repetir que todo lo que les digo es la verdad pura y escueta.

Días atrás míster Richard Coppock, secretario general de la Federación Nacional de Sindicatos de la Construcción, escribió a un periódico afirmando con mucha seriedad que los obreros del ramo que querían trabajar horas extraordinarias no pretendían otra cosa que aumentar sus ingresos personales y que carecían de todo sentido de responsabilidad social. (¡Vaya usted a saber, por lo demás, qué significa esta última expresión!)

Poco después un capataz y ocho obreros de la construcción escribieron a unos diputados pidiendo que les apoyaran desde la Cámara de los Comunes en su honrada pretensión de obtener permiso para trabajar más de ocho horas diarias. El Tribunal Nacional de Arbitraje les había informado que no podían hacer tal cosa sin el consentimiento explícito de su Sindicato, consentimiento que éste se negaba a darles.

Téngase en cuenta a todo esto que hoy buscan alojamiento dos millones de personas en la Gran Bretaña. Casi todas ellas pertenecen a la clase obrera, y varios miles son trabajadores de la construcción, a los que no se permite edificar con mayor celeridad de lo que lo hacen ahora las casas que ellos mismos podrían ocupar.

Otro caso que clama al cielo es el de otro contratista de obras de Essex, amenazado de tener que comparecer ante los tribunales porque su equipo de ciento cincuenta hombres ha estado trabajando horas extraordinarias en la construcción de ochenta y siete casas. También en este caso míster Coppock y su Federación Nacional de Sindicatos de la Construcción se oponen decididamente a tal «desaguisado».

Simultáneamente, míster Jack Tanner, presidente del Sindicato General de la Industria, ha manifestado al Consejo directivo del citado organismo que sin un cambio de orientación en las normas sindicales la producción industrial británica no logrará superar a la norteamericana. Lo cual, en lenguaje claro y no en la extraña jerga que hoy nos complacemos en utilizar, significa simplemente que «es preciso trabajar más».

De modo que mientras a los obreros de la construcción, con dos millones de casas por edificar, no se les permite trabajar horas extraordinarias, el presidente del mayor Sindicato de obreros industriales del país advierte a sus afiliados que es necesario trabajar más, lo cual, como es lógico, significa a la vez trabajar horas extraordinarias y dar mayor rendimiento. O sea que por primera vez en esta idílica postguerra, nuestros Sindicatos no parecen estar de acuerdo en uno de los principios básicos de su actuación.

Por si faltara algo para complicar las cosas, el Congreso General de los Sindicatos acaba de descolgarse con una resolución en la que sugiere que en vez de aumentar las tarifas de los vehículos públicos de Londres y sus alrededores, el Estado debería subvencionar a los ferrocarriles. Pues si se aumentan las tarifas se producirá automáticamente una petición de aumento de salarios, y si esto ocurre supondrá el fin del sistema de «congelación de salarios» en que hoy se basa la economía británica.

En resumen: Los que organizan y toleran huelgas para que los obreros perciban más sueldo son los mismos que se oponen al trabajo en horas extraordinarias — fórmula para aumentar los ingresos y la producción — y los que pretenden mantener «congelados» los salarios. Como digo al principio, todo esto tiene aires de «Alicia en el país de las maravillas». Y a veces me inclino a creer que estamos viviendo efectivamente en aquel mundo disparatado y absurdo que imaginó la fantasía de Lewis Carroll. — **John BROWN.**

EN ROMA

¿Han de ganar las moscas?

(Crónica por correo aéreo de nuestro enviado especial.) — Es una anécdota que vengo contando desde mi primera visita a Nápoles, hace quince años largos. Supongo que también valdrá esta vez. Entre las muchas batallas que organizara el fascismo antes de empeñarse en las de la guerra mundial (la del trigo, la de la natalidad y otras ciento), ocupaba un lugar, no por modesto menos trascendental, la «battaglia delle mosche», la guerra de exterminio contra los dípteros. Tito Moncini, en la hermosa ciudad balnearia de Montecatini, había tomado muy a pecho esa cruzada, y con ayuda de válidos cooperadores condujo una campaña a fondo, hasta librar de moscas y mosquitos aquellos parajes. Para ello tenía la región dividida idealmente en cuadrículas, en cada una de las cuales actuaban sus huestes: los mosqueteros o cazadores de moscas y los petroleros o destructores de mosquitos, unos y otros empleando líquidos y gases cuya fórmula había establecido el propio Moncini, generalísimo de la «battaglia delle mosche», tras concienzudos estudios.

El éxito obtenido por mosqueteros y petroleros fué tan completo, que cuando unos turistas se presentaron, años después, al generalísimo exhibiendo huellas inconfundibles de haber sido picados por los mosquitos, el buen Moncini pudo sospechar al pronto si se hallaría en presencia de simuladores. Por lo menos de alguien que, contaminado fuera del ámbito municipal, estaba interesado en poner en quiebra la fama de Montecatini. Pero tras las comprobaciones del caso hubo de rendirse a la evidencia. Convencióse, en efecto, de que en el área de Montecatini, y concretamente en uno de los mejores hoteles, se habían infiltrado tres mosquitos. Sin pérdida de tiempo organizó con sus fieles la batalla, y fué persiguiendo al aleve enemigo hasta darle perfecta caza y destruir el nido más allá de Liorna; es decir, a sus buenos cincuenta kilómetros lejos. Esto le valió en recompensa la mosca de oro, que trae siempre sobre la corbata, y merecida fama. Por eso sus servicios fueron requeridos en la misma Liorna, en Liguria e incluso en el Africa oriental. Tenía también apremiantes invitaciones de Nápoles; pero jamás se decidió a ir, pues pretende que no hay potencia humana que pueda con aquello. Por eso el napolitano a quien un forastero, cubiertos de molestos dípteros, preguntó si no habían emprendido la batalla de las moscas, pudo contestar, con razón — esta es la anécdota —, que sí, «ma hanno vinto li moschi».

Pues bien. Aquí, en Roma, también han ganado las moscas. En los lejanos tiempos de la batalla, el sistema consistía en colgar unos ramitos, empapados en vinagre o algo por el estilo, en las proximidades de los mercados y de otros sitios. En los años de la guerra, cuando cada romano criaba en terradillos y desvanes gallinas y conejos para precaverse del hambre, las moscas se convirtieron en legión, riéndose de los ramitos y arrollando las últimas defensas de la Higiene municipal y de la Sanidad militar, hartó debilitadas a consecuencia de un conflicto mucho más importante. El verano de 1944 y el sucesivo, con las basuras en mitad de la calle, gracias al principio democrático que permite también a los basureros y barrenderos el sacrosanto derecho a la huelga, fueron la edad de oro de las moscas, que ansiosas también de libertad y bienestar social entraban a nubes por las ventanas y ocupaban las fábricas — es decir, las cocinas domésticas —, partiéndose con los dueños, con la plutocracia sin entrañas (en este caso los hombres), los frutos del trabajo en común, los alimentos.

Luego vinieron los liberadores: los norteamericanos, y la liberación se extendió a los campos de batalla contra las moscas. Ya al final de aquel verano del 45 se vieron los primeros efectos. El dicloro-difenil-tricloroetano (me parece que así se llama el D.D.T.) obtuvo resultados tanto o más sorprendentes que los del general de mosqueteros. Fué una época aciaga para las golondrinas, que huyeron aterrorizadas de estos parajes por haber encontrado esquilmados, sin moscas o mosquitos dignos de tal nombre, los prados del cielo romano. Los únicos dípteros por ese cielo, y demasiado grandes para golondrinas y gorriones, eran cabalmente los aeroplanos que sembraban el líquido mortal para tanto insecto en revolución.

Durante algún tiempo no había manera de dar con una mosca en toda Italia. Pero el héroe de la mosca de oro sabía que iba a llegar a su hora. Y así ha sido. Desde hace un par de años, al principio tímidas, luego cada vez con más desparpajo, las moscas han vuelto al ataque. El terrible líquido insecticida estaba de venta en todas las droguerías, se hallaba en todas las manos, pero ya no causaba los estragos de otro tiempo. Las moscas, embriagadas por un momento, volvían en seguida a la carga, se han adueñado nuevamente de la ciudad. No era cosa de resucitar la «battaglia delle mosche», término execrado como todo lo que huele a fascista. Ahora se llama la «campagna di demuscazione», pero a la verdad es tan ineficaz como la del ventenio. Creíamos que porque el producto lo venden adulterado, como taberneros y lecheros cuando bautizan los productos que expenden. O que los dípteros se han aguerrido y a modo de nuevos mitrídates, habituados paulatinamente al veneno, acabaron por cogerle gusto al D.D.T. Al extremo que la única defensa contra ellos es el viejo sistema guerrillero de irlos eliminando uno a uno con matamoscas u otro objeto contundente.

No hay tal. Los estudios técnicos han demostrado que la caduca dinastía de la mosca doméstica murió a manos de los liberadores norteamericanos, y bien muerta está. La de ahora es una nueva generación más proletaria y resistente, de acuerdo con los tiempos nuevos. Y la han denominado mosca tiberina, como significando esa invasión de la ciudad por el suburbio y la roja campiña. Pero el movimiento revolucionario va a durar poco. Si la penicilina del dicloro-difenil-tricloroetano ha quedado en agua fresca, los parasitólogos del Instituto Superior de Sanidad ya han dado con la estreptomicina demoscadora. Es el octaclorometano-tetrahidroindano. Por lo menos un nombre muy raro que suena de ese modo. La guerra está punto de ser declarada, y el italiano Tito Moncini se prepara a la marcha sobre Roma. Para derrotar a la mosca tiberina, la resistente, tal como los liberadores acabaron con la del ventenio fascista. — **Juan Ramón MASOLIVER.**

EN RABAT

El estado civil de los marroquíes

Los lectores de LA VANGUARDIA conocieron, hace varios meses, el propósito de hacer obligatorio el registro de estado civil de los marroquíes y los comentarios, en general calurosos y entusiastas, que ello determinó tanto entre los miembros del Consejo de Gobierno como de la Prensa francesa y árabe.

Realmente, un pueblo moderno encuentra en su vida diaria innumerables dificultades si carece de registro de estado civil; al cabo de cuarenta años de protectorado y con aspectos agudizados como el del racionamiento, los subsidios familiares, las pensiones, ya se comprende los problemas que se crean en una población que carece en su mayoría de nombre familiar, que no puede, en general, fijar con precisión su edad ni la de sus familiares y que carece de control respecto al número de éstos a efectos de declaraciones, y todo ello sin referirnos a aspectos estatales de interés básico como la estadística, por ejeemplo.

La carencia, normalmente, de apellidos hace difícil o imposible la identificación en muchos casos, ya que son numerosos los marroquíes que tienen el mismo nombre que sus padres y abuelos; el desconocimiento de las fechas de nacimiento hace, en algunos aspectos, casi imposible una política social amplia.

Pese a este convencimiento general, y pese también a que el proyecto de disposición de la Residencia francesa se encontraba, hace meses, en el Palacio del Sultán, el Dahir no aparecía, y ello motivaba cábalas y comentarios que llegaron a exigir, incluso, la publicación de notas oficiosas explicativas.

En realidad, la dificultad estaba en el estado de atraso de bastantes regiones de Marruecos (pese a la enorme evolución realizada) y al recelo que se despertaba en ellas ante el anuncio del registro de nacimientos, considerándolo orientado hacia fines fiscales o de prestación de servicio militar.

La fórmula de solución que se ha encontrado es buena. El registro del estado civil, que era de uso facultativo en la zona sultaniana desde 1915, se declara ahora obligatorio, pero esa obligatoriedad se condiciona a disposiciones diversas del gran visir, que irá señalando, en cada caso, la zona de población a que afecta, hasta llegar, por etapas sucesivas, a hacerlo obligatorio para todos los marroquíes.

En la primera de esas disposiciones se establece que todo aquel que perciba pensiones, retiros, subsidios, etc., está obligado a hacer la inscripción en el registro de todos sus familiares, a los que puede afectar la transmisión del derecho. La inscripción lleva anexa la extensión de una libreta de estado civil, en la que figuran los datos del registro tanto personales como de sus familiares.

Con la inscripción habrá que resolver, al mismo tiempo, el difícil problema del nombre familiar. Como hemos dicho, hay muchas familias que carecen de él. El decreto visirial autoriza al que se inscribe a proponer un nombre familiar; se estudia por una comisión nombrada al efecto y, como consecuencia de ese estudio, se acepta o se rechaza. En este último caso, esta misma comisión propone a su vez un nombre sobre el cual se admiten reclamaciones en un plazo determinado; pasado éste, recae el fallo definitivo.

Las consideraciones hechas no deben ser tomadas con carácter de generalidad. Hay familias marroquíes que no solamente tienen sus nombres familiares sino que llevan escrupulosamente sus libros de familia, en los que anotan cuidadosamente fechas de nacimientos, defunciones y acontecimientos importantes. En otros casos, los testimonios judiciales, con base suficiente, establecen también esas fechas, pero, en general, la masa ignora por completo, y ni aun siquiera con un margen amplísimo de error, las fechas de su nacimiento, casamiento, edad de sus hijos, etc.

Aunque este primer paso en la ejecución pudiera parecer demasiado prudente, ha de tenerse en cuenta que a través de los servicios militares durante la guerra y de la evolución de la industria en Marruecos, es ya muy crecido el número de cabezas de familia a los que esta disposición afecta.

Y ello con independencia de que si estas realizaciones han presentado dificultades en los países en los que se han implantado, y aconsejan, por ello, una cierta prudencia, ésta se encontrará aún más justificada en un pueblo como Marruecos, en pleno período de una evolución al que deben evitarse, en cuanto sea humanamente posible, retrasos perjudiciales. — **VIAL DE MORLA.**

Los problemas del Oriente Medio

Egipto abandona las negociaciones de la Comisión de Conciliación de la O.N.U.

Ginebra, 13. — La Delegación egipcia ha notificado a la Comisión de conciliación de las N. U. para Palestina que se retira de las conversaciones con Israel, según ha anunciado un portavoz oficial.

Agregó que la Legación egipcia en Berna será en el futuro la encargada de las relaciones de Egipto con la Comisión. En la Comisión se han negado a hacer comentarios sobre la retirada egipcia; pero se cree que será un rudo golpe para las conversaciones de paz, que llevaban un año paralizadas.

La retirada se ha producido después que la Comisión envió el 30 de mayo pasado una nota a ambas naciones, en la que se decía que no aceptarían ningunas condiciones como requisito para iniciar las negociaciones directas entre árabes e israelitas. Aunque la nota iba dirigida a ambas partes, su efecto principal se encaminaba hacia los estados árabes, que habían pedido que Israel primero diera la conformidad para implantar la resolución de las N. U. en que se establecía la devolución de los refugiados árabes, antes de participar en las conversaciones directas.

El Gobierno de Israel había expresado que participaría en las negociaciones directas; pero que no aceptaría condiciones previas. — EFE.

Una acusación árabe desmentida por los judíos

Tel-Aviv, 13. — Un portavoz del Ejército judío, ha desmentido la noticia publicada en varios países árabes y procedente de Amman, según la cual las autoridades judías habían impuesto a un centenar de hombres, mujeres y niños árabes, la tortura de cruzar el desierto de Negeb, sin agua y sin alimento. El portavoz añadió que esta noticia tienen un «claro fin tendencioso». — EFE.

Grave incidente fronterizo en Cachemira

Nueva Delhi, 13. — Quince soldados del Pakistán y seis indios han resultado muertos en un encuentro que ha durado cuatro horas, cerca de la línea fronteriza acordada con Cachemira. Las noticias que dan cuenta de la refriega dicen que hubo cambio de fuego de morteros y duelo de fusilería. La lucha terminó cuando los observadores de la O.N.U. llegaron al lugar del choque. — EFE.

Interpretación india

Nueva Delhi, 13. — En la versión india del incidente en la frontera, se califica el mismo de «clara violación» del acuerdo de alto el fuego establecido de conformidad con la O. N. U., en vigor desde enero de 1949. Se pone de relieve que, precisamente, según estaba anunciado, esta tarde debía recorrer la zona donde se han registrado los incidentes el mediador de la O. N. U., Owen Dix. — EFE.

SE NECESITA

JARDINERO de 30 a 40 años, casado, preferible sin hijos, para vivir en Sardañola-Ripollet. Escribir al número 2635, Publicitas, Pelayo, 44.

CORREDORES Y VIAJANTES

que visiten bares, colmados, hoteles, clínicas, médicos, así como agentes de Seguros! Importante Empresa ofrece forma de ganarse un buen sobresueldo (de mil a tres mil pesetas al mes), sin perjudicar sus actuales actividades. Personas introducidas y de buena presentación. Reserva absoluta. — Escribir con detalles al núm. 58878, Vergara, 11.

HOTEL RESTAURANTE YOLDI

Completamente reformado. - Nueva Dirección

Avda. San Ignacio, 11 - Teléf. 18-30 - PAMPLONA